

Año 1. Nº 10

Los cuadernos de

MIAMI

... Y hoy
tenemos:
**CUENTOS DE
PICAROS**



CUENTOS DE OREJA A OREJA

Hoy te contamos cuentos que pasaron de boca en boca y de oreja en oreja, durante siglos, para llegar hasta aquí. Para encontrarlos hay que buscarlos en relatos muy viejos de todo el mundo.

En nuestro país se contaron y se cuentan en todos los rincones, no sólo en nuestro idioma sino en dialectos indígenas que todavía se hablan, como el quichua y el mataco.



Cuentos de...

Elegimos todos cuentos de pícaros, porque pícaros hay en todo el mundo (por eso son más populares que el chicle).

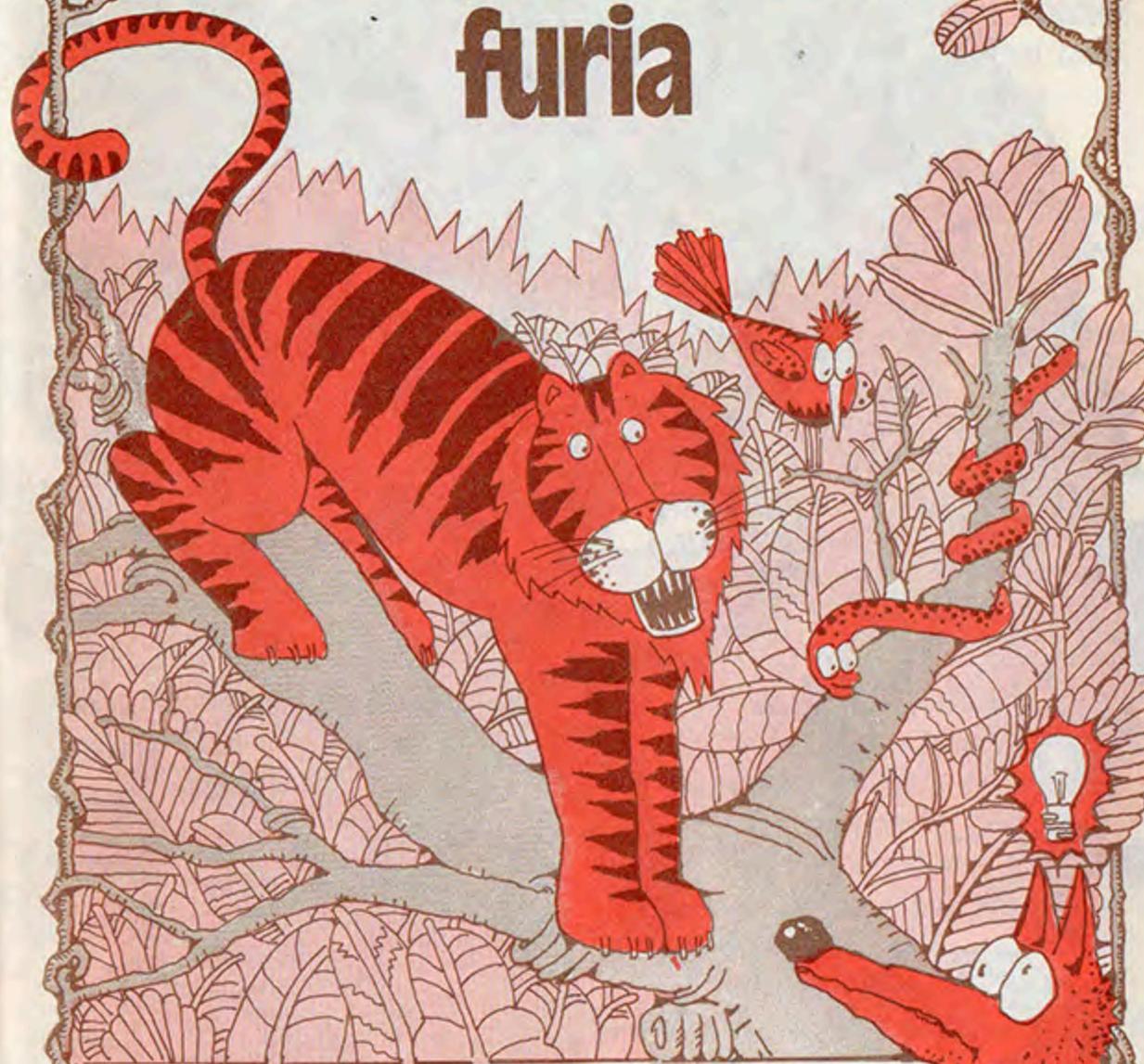
Cuando los personajes son animales, los animales grandotes representan a los fuertes, a los poderosos que siempre andan queriendo engañar a los más débiles.

Pero con los pícaros no pueden. Ellos no toman "agrandol" ni dan tres vueltas como la Mujer Maravilla, se las arreglan con astucia

Pero ¡atención! no es eso de : "el vivo vive del zozco" (eso no es picardía sino maldad). El pícaro inventa trampas para defenderse y en este caso, de los aprovechadores y mandones



El viento de furia



El tigre se preparó para el salto. Por fin había logrado sorprender a ese zorro que siempre lograba comerle la parte más rica de la caza. De una vez y para

siempre se acabarían sus zorrerías!
El zorro lo había visto llegar, pero no podía escapar de donde estaba acurrucado. Salvo que se le ocurriera alguna cosa.



Y se le ocurrió.

Comenzó a hablar como para sí mismo:

—¡Qué lástima! ¡Y no va a quedar nadie para contar la historia! ¡Ni siquiera una hormiga! ¡Ni una pulga siquiera! ¡Apenas nos quedan dos horitas...!

El tigre aflojó los resortes que ya casi lo enviaban por el aire, picado por la curiosidad. ¿Por qué el zorro diría esas cosas?

—Amigo zorro, pasaba por aquí y por casualidad escuché sus palabras. ¿Para qué quedan apenas dos horitas?

—Ay, don tigre, ¿usted no sabe nada?

—Ni la menor idea...

—Pero don tigre, ¿no oyó hablar del viento de furia?

—Si no me lo cuenta...

—Se lo contaría, pero me tiemblan las patas cuando quiero hablar.

—Pero igual me lo va a contar, ¡o lo mato ya mismo!

—Casi sería mejor.

Porque se me acabaría el miedo. Total, dos horitas más o dos horitas menos...

—¿Qué va a pasar dentro de dos horitas?— dijo el tigre cada vez más inquieto.

—¿En serio que no lo sabe? ¿Nunca oyó hablar de

ese viento de furia que es como un gran castigo? Es un viento sin lástima que arrasa con todo y mata. Toda la selva va a ser destruida y sólo los quebrachos quedarán en pie.

—¿Y va a llegar ahora, don zorro?

—Ya casi está llegando.

¿No ve cómo se mueven las hojas de los árboles? ¡Y nosotros aquí charlando!

—Algo tendremos que hacer, don zorro. ¡Corriendo, nos podremos salvar!

—No, don tigre. Nadie puede correr tan rápido como el viento de furia.

—¡Hay que subirse a un árbol y esconderse entre las ramas!

—No, no, todas las ramas van a ser destrozadas. No hay solución, don tigre.

—Tiene que haber. ¿Y si nos metemos en el fondo del río?

—No y no. Los ríos se quedarán sin una gota de agua en menos que cante un gallo.

—¡Ya sé! Haremos una cueva muy honda. Ahí nos salvaremos.

—¿Una cueva? No, don tigre, ya se sabe que una cueva es lo primero que tapa el viento de furia.



Moriremos enterrados. No hay solución... salvo que...

Y el zorro se quedó pensativo. Los bigotes le temblaban de pura picardía.

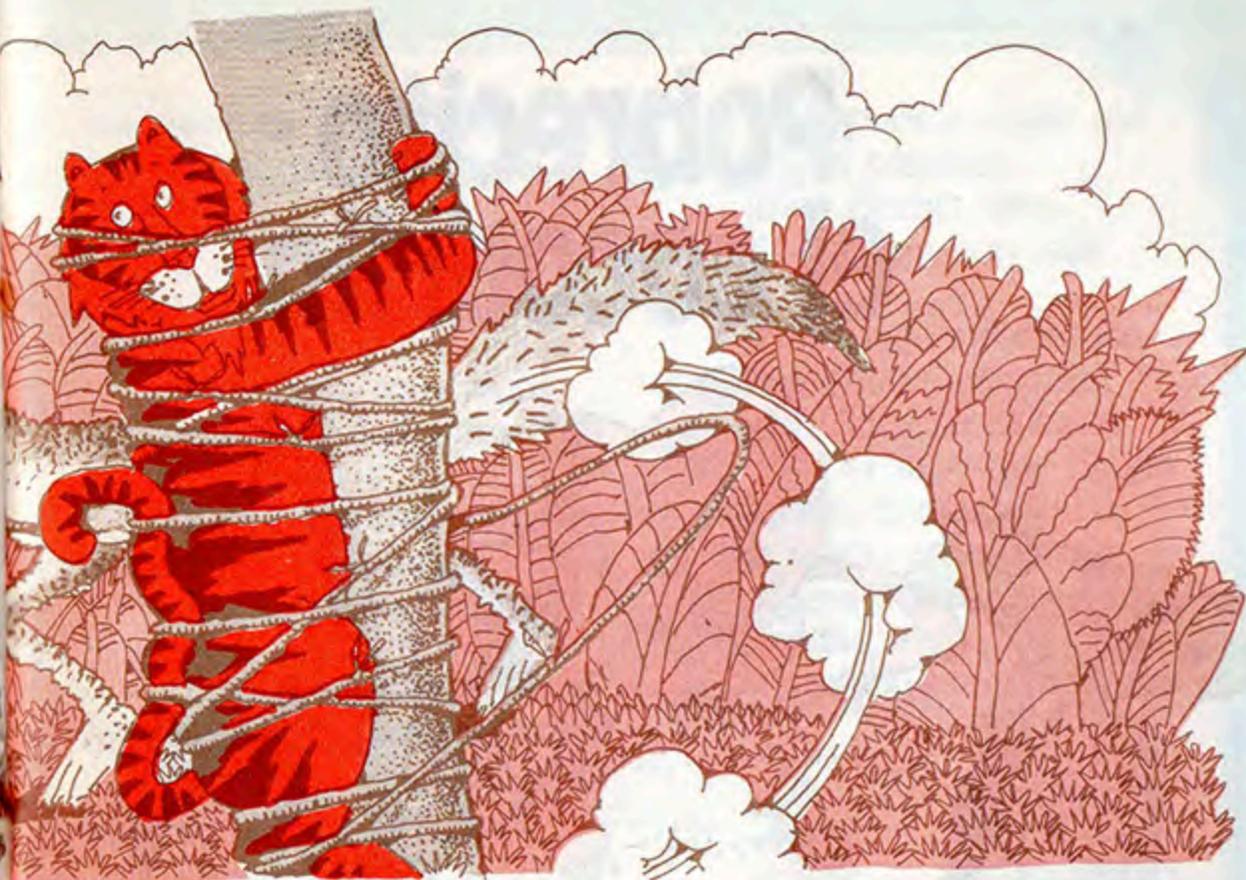
—¡Diga, don zorro! ¡No pierda más tiempo! ¡Mire que se viene el viento!

—Lo único que se me ocurre es que hay que atarse a un quebracho. Esos sí que no se van a mover.

—Ni una palabra más. ¡Vamos!

Y el tigre arrancó las lianas más fuertes del monte, apuradísimo.

Amigo zorro, usted que es tan hábil... áteme primero



a mí a este quebracho grande.

Y se paró en dos patas y se abrazó al quebracho.

El zorro primero se hizo el dudoso. Después, lo ató sin mezquinar vueltas hasta envolverlo de los bigotes a la cola.

—Bien fuerte, amigo zorro —decía el tigre aliviado y contento—. Apriete sin miedo que ése es un viento que puede aflojar la soga. Apenas puedo abrir la boca, pero no importa, ajuste un poco más. Y el zorro ajustaba a más no poder. Hasta que quedó listo.

—Ahora me voy a atar yo —dijo haciéndose el apurado. Y salió al trotecito.

Al rato de estar atado, el tigre vio que no pasaba nada, ni viento de furia, ni zonda, ni pampero, ni un suspiro de iguana.

Lleno de rabia empezó a rugir, hasta que pasó otro zorro por ahí.

El tigre le contó la historia y el zorro lo desató.

Eso sí; después de hacerse prometer por el tigre, la parte más rica de lo que cazara en los próximos 103 años.

Pobrecito el cocodrilo



La rabia del tigre venía de lejos, de muchos días en que las cosas le salieron mal.

Lo había engañado un zorro, lo había engañado un mono, lo había engañado un quirquincho, lo había engañado un conejo.

Las cosas no podían seguir así. Por algo él era el más fuerte, y el más generoso, y el más inteligente... Bueno, digamos el más grandote.

-Y le voy a poner remedio a esta situación

-bramó.
-¡Bravo, bravo! - coreó

un grupo de sapos que quería quedar bien con el tigre.

-Y me voy a comer a todos los que tengan patas largas...

-¡Muy bien, muy bien!
-gritaron alborotados los sapos.

-Y después me comeré a todos los cogotudos...

-¡Bravo, bravo, muy bien muy bien!

-Y después a todos los que tengan caparazón...

-¡Hurra, hurra! - siguió el coro de sapos.

-Y después a todos los que tengan plumas...

-¡Bien hecho, bien hecho! - gritaron con más fuerza.

-Y después a todos los que tengan boca grande...

Aquí todos se callaron. Hasta que el sapo que dirigía la orquesta, frunciendo la boca como un culito de gallina para disimular, se animó y dijo:

-¡Pubricitu el cocodrilo!



GARA/COCHEA



Los socios



Ya habían pasado tres días sin que el zorro engañara a nadie. Y eso era mucho. Pero no era tiempo perdido. Esta vez había preparado un plan de largo alcance.

–Voy a solucionar mis problemas para siempre– se dijo.

Y sin perder un minuto más se fue a buscar al quirquincho.

–Amigo quirquincho, yo tengo un buen campo y usted es un buen labrador, ¿qué le parece si hacemos una sociedad?

–Linda idea –dijo el quirquincho–, y nos repartimos las ganancias.

–Claro. Pero para no andar con complicaciones en el reparto, nos conviene hacerlo así: este año será para mí todo lo que den las plantas arriba de la tierra, y para usted todo lo de abajo. ¿Le parece bien?

–Si a usted le parece, don Zorro, yo estoy de acuerdo.

Y el quirquincho sembró papas. La cosecha fue muy buena, pero al zorro le tocó un montón de hojas secas.

–Bueno, bueno –dijo el zorro como si no le importara–. Como es justo, este año haremos al revés. Será para mí todo lo de abajo y usted se quedará con lo de arriba. ¿Le parece bien?

–Si a usted le parece, yo estoy de acuerdo.



Y el quirquincho sembró trigo. La cosecha fue grande y el quirquincho recogió muchísimas espigas. Al zorro le tocaron todas las raíces, que no servían para nada.

—Después de todo la culpa es mía —dijo el zorro pensativo—. Pero ahora tengo una solución para engañar al quirquincho.

Y se fue a buscarlo.

—Mire amigo —le dijo—, a ver si está de acuerdo con la idea que traigo.

—Diga, diga, don zorro. Usted sabe que entre amigos no nos vamos a andar con vueltas.

—Eso es lo que yo pienso —dijo el zorro—. Entre amigos las cosas deben ser muy claras. Y usted me dirá si está de acuerdo o no. Yo respeto su opinión.

—Y usted sabe que yo siempre hice lo que usted me aconsejaba.

—Bueno, me parece que este año nos conviene hacer el reparto así: lo que den las plantas en el medio es para usted, y lo que den arriba y abajo es para mí. ¿Le parece bien?

—Si a usted le parece, don zorro, yo estoy de acuerdo.

Y el quirquincho sembró maíz.

Y se cansó de recoger choclos, mientras el zorro

no sabía qué hacer con las puntas secas y las raíces que le tocaron.

—¿Y, socio? —preguntó el quirquincho—. ¿Qué planes tiene para la próxima cosecha?

—Creo que abandono la agricultura —dijo el zorro—. Voy a dedicarme a otras actividades.

Y se fue con la cola caída, sin terminar de entender cómo es que había alguien más picaro que él.



Zorro y medio



El zorro miraba desde lejos al tigre. Estaba tentado de acercarse pero... ¿se habría ya olvidado de las últimas malas jugadas? —Bah —pensó—, después de todo no fueron tan graves. No para olvidar una vieja amistad como la nuestra. Y ya se sabe que amigos como yo no se encuentran todos los días.

Pero después pensó de nuevo y no se animó a acercarse.

Así anduvo siete días rondándolo de lejos, esperando una buena oportunidad.

Al final se presentó. Esa tarde el tigre había tenido una buena caza y se estaba dando un banquete de los grandes. Era justo lo que el zorro estaba esperando.

Comenzó a pensar cuál sería la mejor manera de acercarse, si con zalamerías, si con indiferencia, sin con sonrisas, si...

Y entonces le brillaron los ojos de picardía.

¿Por qué iba a pedir un poco de comida si podía quedarse con todo? Todo era mejor que un poco, y



además el poco estaba dudoso.

—Mejor todo —se dijo—, y ya sé cómo.

Comenzó a correr hacia donde estaba el tigre dando alaridos que espantaban:

—¡Que vienen los doscientos perros! ¡Que vienen los doscientos

perros! ¡Que ya se escuchan los ladridos!

Pasó a los gritos cerca del tigre, poniendo cara de desesperado.

—¡Dónde! ¡Dónde! —alcanzó apenas a gritar el tigre.

—¡Por allá! —señaló el zorro sin dejar de correr— ¡Doscientos perros feroces!

Y se perdió entre los matorrales.

El tigre dio dos enormes saltos y corrió como no lo había hecho nunca. No era broma enfrentarse con doscientos perros feroces.

Corrió y corrió y cruzó ríos y pantanos y siguió

corriendo. Hasta que no dio más, y se sentó, rendido.

Paró una oreja para escuchar mejor. No se oía ningún ladrido.

Paró las dos orejas. Tampoco. Respiró con alivio, había despistado a los doscientos perros.



Y se durmió de cansancio.

Mientras tanto el zorro, después de meterse en los matorrales, apenas dio dos o tres pasos más y se quedó escondido espiando cómo disparaba el tigre.

Cuando calculó que ya estaría a una buena distancia volvió para atrás, donde estaba toda la comida abandonada.

—Ahora es la mía —se dijo—, me voy a dar un atracón gracias al trabajo del tigre y gracias a mis buenas ideas de zorro. Tengo comida para varios días.

Y se dispuso a elegir el mejor bocado.

En eso estaba cuando oyó un ruidito a sus espaldas. Dio un salto preparando uñas y dientes para defender su presa, pero no hacía falta. El que se acercaba era un zorro flaco y viejo, con cara de hambriento.

—Estos zorros son un peligro —pensó el zorro— ¡Si los conoceré yo! Tengo que inventar algo para que no me coma lo que gané con mi sano esfuerzo.

—Buenas tardes,



compadre— saludó el zorro viejo.

—¿Buenas? No tan buenas, amigo.

—¿No? ¿Se puede saber por qué?

—Mucho trabajo y poca suerte.



—Pero tener toda esa comida no es poca suerte. Y más en estas épocas.

—Eso pensaba yo, ¡pero qué equivocado estaba!

—Cuenta, amigo, que cada vez entiendo menos.

—Es que tengo que tirar toda esta comida.

—¿Tírala? ¡Cómo la va a tirar!

—Ajj... —dijo el zorro escupiendo— *está toda envenenada. Por suerte me di cuenta apenas tomé un bocado.*

—¡Pero amigo, tiene que ir rapidísimo hasta el río a enjuagarse la boca! Vaya y límpiase bien, que yo me quedo cuidando todo este veneno.

Para seguir con su mentira el zorro se fue hacia el río, escupiendo para todos lados. Ya vería cómo se sacaba de encima a ese zorro viejo.

Al rato, cuando volvió, apenas si quedaban unos huesos pelados. No tuvo más remedio que seguir la farsa.

—¡Qué hizo amigo! ¡No me diga que se comió todo!

—Y, sí... —dijo el zorro flaco— yo me dije: con lo que me gusta el veneno... y ahí nomás me lo comí.

Y dando la media vuelta se fue para el monte.

Muerto de hambre, el zorro se quedó murmurando:

—¡Que lo tiró! Siempre se aprende algo nuevo, a zorro, zorro y medio.

Pajarito remendado



Ésta es la historia de un pajarito tan pero tan feo que todos los otros pajaritos se burlaban llamándolo *Pajarito Remendado*.

Y así le quedó el nombre para siempre.

porque sus plumas de distintos colores parecían los remiendos de un traje viejo.

Un día en que todos estaban cantando sus mejores canciones en la copa de un árbol, pasó un aguilucho y, más rápido que

un rugido de sapo, cayó sobre *Pajarito Remendado* y se lo llevó por los aires.

—*Ya tengo comida para mis pichones*—pensó el aguilucho contento, con el pajarito apretado en el pico.

—*¡Se llevan a Pajarito Remendado! ¡Se lo lleva el aguilucho!*—gritaban los pajaritos desde las ramas.

—*¡Se lo lleva el aguilucho!*—gritaba el tordo.

—*¡El aguilucho es un malvado!*—gritaba la paloma.

—*¡Suéltelo! ¡Suéltelo!*—gritaba el cardenal.



¡QUÉ LES IMPORTA!



Muerto de miedo, *Pajarito Remendado* pensó que se acercaba su hora, pero los gritos le dieron una idea.

—*¡Se lo llevan a Pajarito Remendado!*—seguían gritando todos.

—*Señor aguilucho—dijo Pajarito Remendado—, mire qué pájaros entrometidos. Dígales que qué les importa!*

—*¡Qué les importa!*—gritó el aguilucho abriendo el pico.

Pero cuando terminó de hablar se encontró con el pico vacío, y vio a lo lejos que *Pajarito Remendado* se escapaba riéndose de la manera en que lo había engañado.

El árbol de plata



Dibujó: Marín

Sentado en un tronco a la orilla del camino, Pedro Urdemales jugaba con seis monedas de plata. Que era bastante plata.

—Bah—pensó—, *tanto lío para conseguirlas. Las monedas tendrían que salir de los árboles.*

Y ahí se le ocurrió la idea.

Sin perder tiempo cortó una rama de jacarandá, hizo una bola de barro grandota y plantó en ella la rama. Después buscó un poco de resina de un pino y pegó con todo cuidado una moneda en cada ramita.

Listo. Dio dos pasos para atrás y miró contento su nueva planta.

Primero pasó un labrador, con pala, azada y calor.

Después pasó una viejita, con su carga de ropita.

Más tarde pasó el lechero, con su vaca y su ternero.

Y entonces Pedro Urdemales vio que se acercaba un caballero, con capa y sombrero.

—Este sí— se dijo— y puso a la vista su nueva planta.

—Buenas tardes— saludó el caballero.

—*Buenas tardes*—dijo Pedro Urdemales.

—Qué linda planta tiene usted. ¡Y qué flores bonitas!—*Más de lo que parecen de lejos. Mírela bien si quiere.*

El caballero se acercó. Cuando vio que las flores eran monedas de plata, se dijo “¿qué hace este tonto con semejante maravilla? Esta planta tiene que ser mía”.

—Muy bonita—dijo como si no le interesara demasiado—. ¿Crecen estas plantas por aquí?

—*No señor, ésta es una planta mágica. Es la única que hay en el mundo. Tiene una gran virtud, da una moneda de plata cada día. Ayer tenía cinco monedas...*

El caballero contó las monedas.



-Tiene seis ahora...

-Ah, claro -dijo Pedro Urdemales haciéndose el sorprendido- *ya debe ser la hora. Entonces podré seguir mi camino, porque no hay que moverla cuando está por brotar la moneda. Ya perdí muchas porque tengo que viajar muy lejos y no tengo un reloj.*

Al caballero le brillaron los ojos. Ahí estaba la punta para conseguir esa planta.

-Claro, me doy cuenta. A las plantas les hace mal que las muevan mucho.

-Sí señor, pero no tengo más remedio. Y hasta es posible que se seque en el camino. Tengo que cruzar un gran desierto.

-¡Qué barbaridad! Sería un desastre hacerla cruzar un desierto. Usted se va a quedar sin planta.

-¿Qué puedo hacer?
Con esta planta, a mi familia nunca le va a faltar nada. Tengo que llevarla nomás.

Me preocupa esa planta. Es seguro que se va a secar y usted se quedará sin nada. Yo, en cambio, vivo muy cerca. Si me la vende yo podré cuidarla como se merece.

-Pero mi familia se quedará sin dinero.



-No, no. Yo le pagaré bien. ¿Qué le parece si le doy veinte monedas de plata?

-La extrañaría mucho, ya me acostumbré a viajar cargándola todo el día.

Podrá viajar más descansado, y no tendrá problemas en el desierto. Mire, tengo también un reloj de oro. También se lo doy.

-¿Y usted la cuidaría mucho? Mire que yo vengo cuidándola desde hace largo tiempo.

-Sí sí, la cuidaría muchísimo, la regaría todos los días, la plantaría en el

lugar más lindo del jardín. Para que no dude más, y sólo porque le conviene a la planta, le doy treinta monedas de plata y mi reloj de oro.

-Estoy seguro de que será lo mejor para la planta. Lo haré solamente por eso. ¿Pero me asegura que la cuidará muy pero muy bien?

-Claro que la cuidaré. Me preocupa mucho, y personalmente me encargaré de que no sufra una planta tan hermosa.

-Se ve que usted es un hombre cuidadoso. A otro no se la vendería por nada del mundo. Mire que en un mes ya va a tener de vuelta sus treinta monedas. Este...

-No diga nada. Le doy cincuenta monedas y mi reloj de oro.

-En fin, me despido de mi planta tan querida.

Cada uno se fue por su camino.

El caballero feliz y contento, pensando en el buen negocio que había hecho.

Pedro Urdemales, feliz y contento, mirando su reloj de oro, pensando en lo lindo que sería tener una planta que diese relojes de oro.



Los tres viajeros



Una vez, cuando las víboras tenían pelo, un cura, un sargento y un paisano se encontraron en un solitario camino. Y siguieron juntos ya que iban para el mismo lado.

Mientras caminaban encontraron una hermosa sandía que estaba pidiendo que se la comieran. ¡Y con el hambre y la sed que tenían los tres! Pero para tres no alcanzaba, y ya era de

noche. Por eso la dejaron para la mañana siguiente, como premio para el que tuviera el sueño más hermoso.

Y se fueron a dormir.

Sin embargo, el paisano empezó a desconfiar de que ahí había intención de engañarlo. Y en cuanto los oyó roncar se levantó y se comió la sandía saboreándola pedacito a pedacito.

Entonces sí se durmió con hermosos sueños.

Al día siguiente el sargento y el cura se despertaron muy temprano. Llamaron al paisano y se sentaron para contarse los sueños.

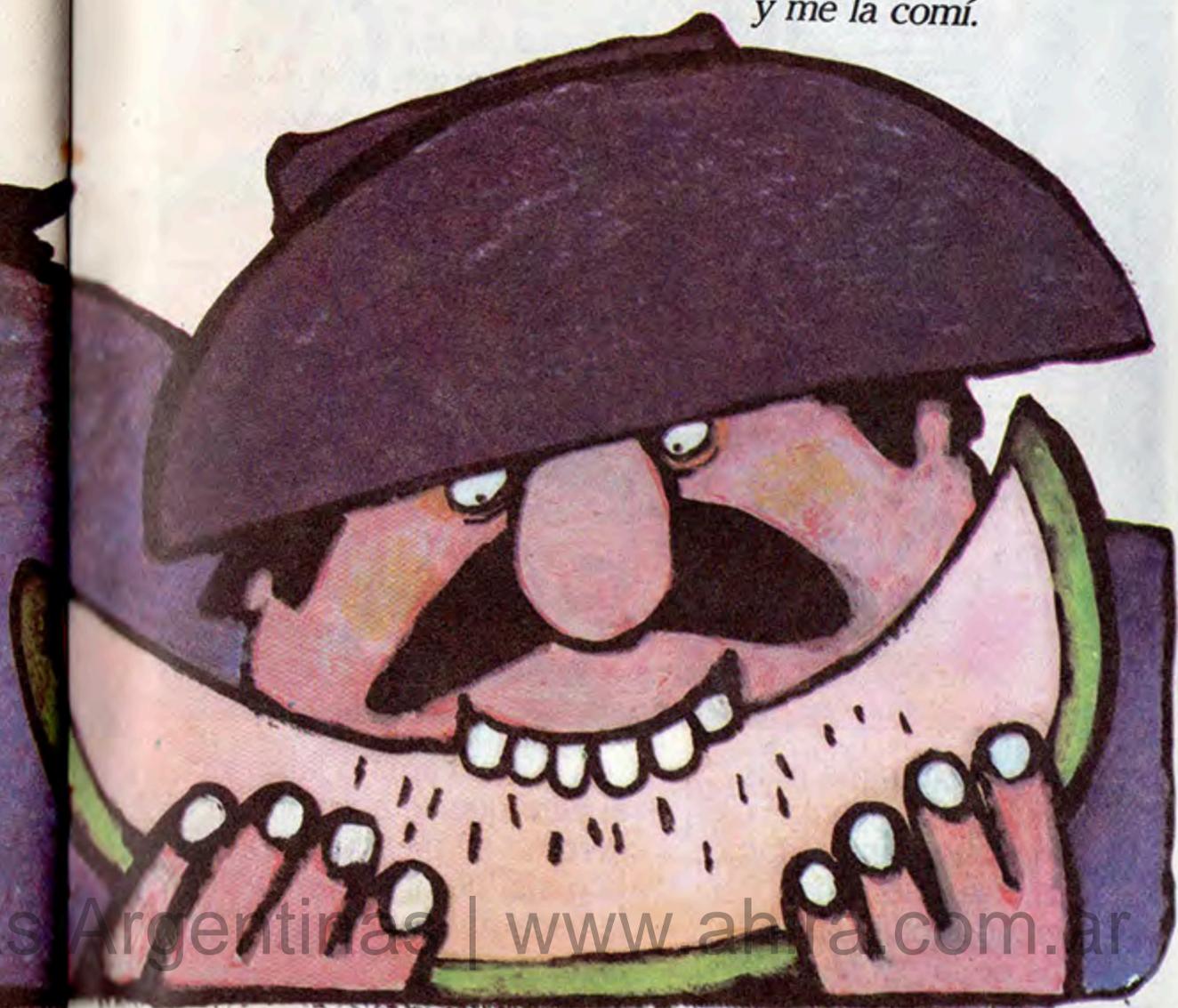
Primero habló el sargento:

–Yo voy a ganar el premio, porque mi sueño fue muy hermoso –dijo–. Soñé que estaba en la guerra, y yo solo cargaba contra un

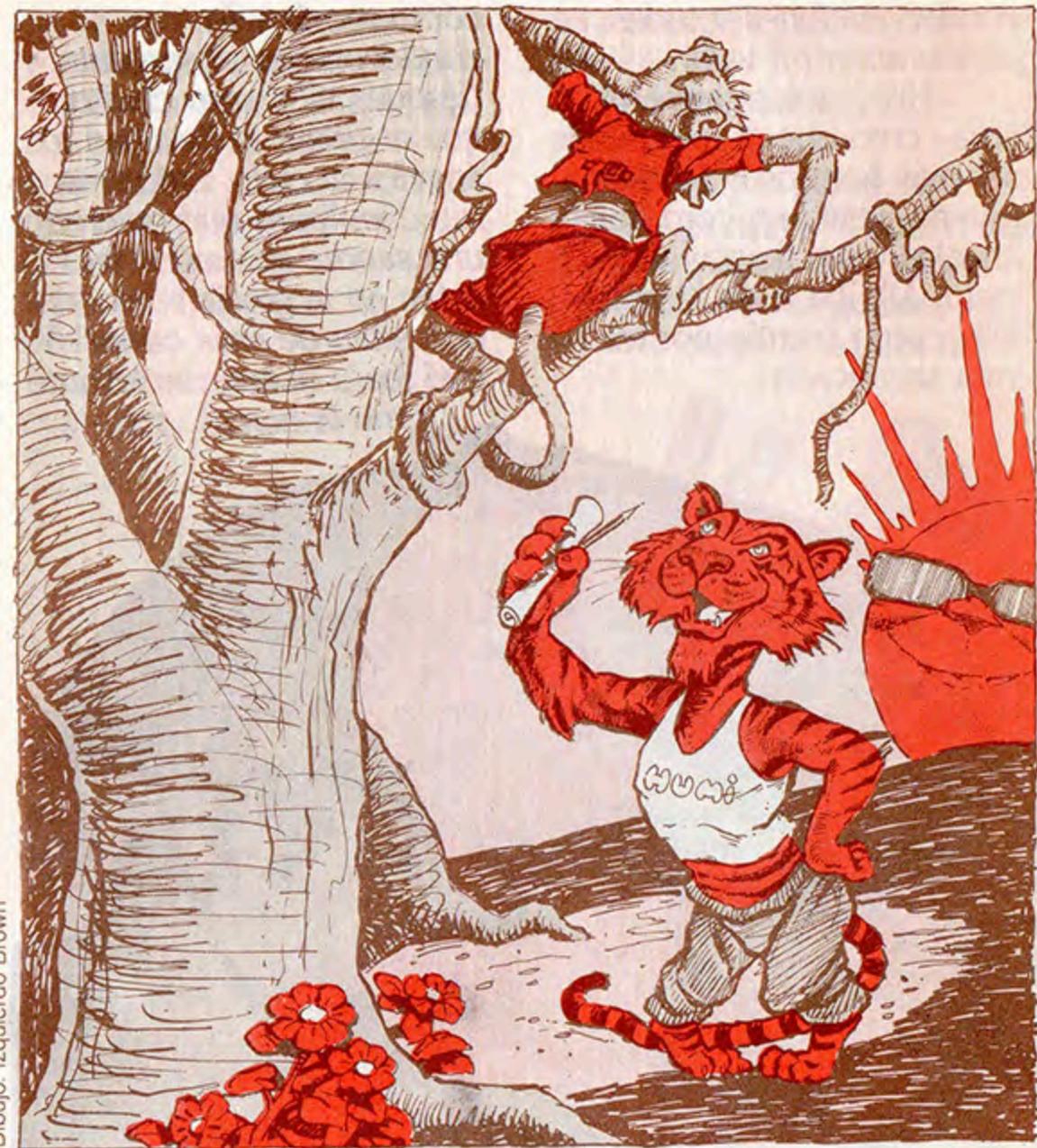
batallón de enemigos y los vencía. El último me mataba a mí, pero después recibía un montón de medallas y condecoraciones y todos ponderaban mi valor.

–Hijo, –interrumpió el cura– creo que el mío puede ser más hermoso: Yo estaba muerto, venía un coro de ángeles y me llevaba al cielo. Allí iba a ser siempre feliz como premio por mi vida sacrificada.

–¡Lo que son las casualidades! –dijo el paisano–. Yo tuve los mismos sueños. Primero vi cómo moría y lo condecoraban al sargento, y después vi, clarito clarito, que al padre lo llevaban los ángeles al cielo. Entonces me dije: “para qué quieren una sandía si los dos ya están en la gloria y no necesitan de esas cosas”. Y qué iba a hacer, me levanté y me la comí.



La nueva ley



Desde la rama más alta del algarrobo, el mono miraba cómo el sol del amanecer iba borrando todas las sombras de la noche.

Por el camino largo vio al tigre que se acercaba. Pero no se preocupó. Desde la punta de un algarrobo no le tenía miedo a ningún tigre.

—Amigo mono —dijo el tigre poniendo cara de contento—, ¿conoce la última novedad?

—Si no me la cuenta, don tigre...

—Acérquese un poco, así no tengo que andar gritando.

—No se preocupe, don tigre, yo tengo buen oído. Lo puedo escuchar muy bien.

—Lo entiendo, amigo, lo entiendo. Hace mucho que nos conocemos, pero las cosas cambian en el mundo, y se lo quiero demostrar. Aquí tengo las pruebas de que las cosas cambian. En este papel que tengo en la mano.

—¿Sí? ¿Qué dice el papel?

—Me gustaría que baje y lo lea, para que quede convencido. Pero le voy adelantando algo: acaba de aparecer una nueva ley que dice que todos los animales tenemos que ser amigos.

—¿Todos amigos? ¿Eso está escrito en ese papel?

—Claro, y yo estoy muy contento, por eso quiero que baje y ya mismo pongamos en práctica la ley.

El mono seguía desconfiando, conocía demasiado las mañas del tigre. Prefirió quedarse trepado en el algarrobo.

—Bueno, don tigre, estoy muy contento con esa ley. Haré correr la noticia por el monte para que todos la sepan: Usted les va informando a los que vea en su camino, y yo iré saltando



de árbol en árbol, así ganamos tiempo.

—Lo que pasa, amigo mono —dijo el tigre tratando de encontrar algún argumento para hacerlo bajar del árbol—, lo que pasa es que todos tienen que firmar el papel. Eso es, tienen que firmarlo para que la ley tenga vigencia.

—¡Qué suerte! —dijo el

mono mirando a lo lejos—. Allá veo una docena de perros cazadores que se acercan a la carrera. Les contaremos la...

El tigre salió más rápido que corriendo, dejándolo con la palabra en la boca.

—¡Eh, don tigre! —gritó el mono riéndose— ¿no ve que todos somos amigos?

¡Hágales firmar el decreto!



CUENTOS DE OREJA A OREJA

Indice

5	El viento de furia	Pajarito Remendado	22
10	Pobrecito el cocodrilo	El árbol de plata	24
12	Los socios	Los tres viajeros	29
16	Zorro y medio	La nueva ley	32

Tiene miedo. Esta solo,...
y a 3 millones de años luz
de su casa.

UN FILM DE STEVEN SPIELBERG

E.T.

EL EXTRATERRESTRE



UN FILM DE STEVEN SPIELBERG E.T. EL EXTRATERRESTRE
CON DEE WALLACE - PETER COYOTE - HENRY THOMAS COMO ELLIOT
MUSICA DE JOHN WILLIAMS GUION DE MELISSA MATHISON PRODUCIDA POR STEVEN
SPIELBERG & KATHLEEN KENNEDY DIRIGIDA POR STEVEN SPIELBERG

**EXCEPCIONAL
EXITO**

METRO •
CERRITO 570

IGUAZU •
LAVALLE 940

ALFA
LAVALLE 842

SANTA FE 1 • **LORENA** • **LOSUAR**

SANTA FE 1947

CORRIENTES 1551

CORRIENTES 1743

GRAN LINIERS • GRAN MAR (Mar del Plata) y en las mejores salas del país.

LOCALIDADES EN VENTA